

# La imaginativa May

María Milla García

• RELATOS CORTOS DE UNA CABEZA EN LAS NUBES •

# LA IMAGINATIVA MAY



MARÍA MILLA GARCÍA

## Capítulo 1

Las excursiones del colegio siempre eran divertidas. No teníamos que ir a clase y visitábamos lugares asombrosos. Aquel día, la Señorita MacCarthy nos había llevado al Museo de Historia Natural para enseñarnos la colección de rocas. Desde que entramos en aquella enorme sala, iluminada gracias a los rayos de sol que lograban colarse por los ventanales del piso superior, supe que entraba en otro mundo. El gran esqueleto de dinosaurio que presidía la sala me guiñó uno de sus vacíos ojos.

En lo alto de las escaleras, un hombre viejo saludaba a todas las personas que entraban en su museo —la profesora había dicho quién era antes de que entrásemos, pero, en ese momento, yo estaba mirando el gran autobús rojo que se había parado junto a nosotros—. Aunque desconocía su nombre, soltando la soga que nos unía a toda la clase, le devolví el saludo. Al volver a sujetar la cuerda me di cuenta de que esta ya no se encontraba en el suelo donde la había dejado. Tampoco vi a los demás niños de mi clase, ni a mi profesora. Todo parecía mucho más grande ahora que estaba sola. El dinosaurio de la entrada ya no guiñaba el ojo, sino que enseñaba sus dientes, decidiendo qué niño sería el primero en ser devorado. Las ventanas ya no tenían tanta luz como antes y me dio la sensación de que aquel señor no iba a ayudarme. A mis seis años no sabía qué hacer en momentos como ese, por lo que me senté a esperar en las escaleras.

De repente, saliendo de los aseos que había al fondo de la sala, me encontré con un gran hipopótamo que me sonrió. Olvidando que me había perdido y que debía dar con algún adulto que me llevase hasta mi profesora, decidí seguir a aquel animal. Los pasillos del museo eran largas galerías de madera adornadas con vitrinas que encerraban los restos de diferentes aves del pasado, recreando un dantesco espectáculo, y que me miraban con sus vacías cuencas. Intentando alcanzar al hipopótamo corrí más rápido. Le encontré en una nueva sala, más pequeña que la de la entrada, pero no estaba solo. Junto al hipopótamo, había diferentes animales: jirafas, leones, tigres, elefantes... Y, colgando del techo, una ballena gigante que disfrutaba de la vista desde allí arriba. Todos parecían estar pasado un buen rato. La gente que pasaba por allí los miraba y después se marchaba, sin dar importancia al hecho de que, en pleno centro de Londres, había un museo en el que habitaban animales vivos, los cuales se desplazaban sin problema entre las distintas salas.

—¿Necesitas ayuda, pequeña? —Dijo una voz amable cerca de mí. Al girarme no encontré la fuente de aquella voz, por lo que no le hice caso y volví a centrar mi atención en los animales de la sala—. Aquí arriba.

Levanté la mirada y vi como la gran ballena del techo me observaba. Sus rasgos eran amistosos, sin un ápice de maldad, por lo que supuse que no sería un peligro. Además, estaba colgada del techo, por lo que no podía acercarse. Me tumbé en el suelo para poder hablar con ella.

—¡Hola! Soy May. Nunca había hablado con una ballena. ¿Es cómodo estar ahí arriba?

—Buenas, May. No se está mal, pero preferiría nadar en el océano, mis aletas comienzan a encontrarse entumecidas de no moverse. ¿Qué hace una niñita como tú aquí sola?

—Pues... Cuando saludé al señor de la entrada, mi profe y los demás se habían ido...

—Ummm, creo que necesitas ayuda. Veamos, Lionel, ¿Podrías ayudar a nuestra amiga May a encontrar a su maestra?

Un joven león se adelantó hasta mi posición e, inclinando la cabeza, me indicó que le siguiese al fondo de la sala. Tras dar dos pasos me detuve de nuevo y, alzando la mirada hacia la gran ballena, me despedí de ella. Lionel me guió hasta el siguiente pasillo que, para mi alivio, estaba lleno de mariposas de colores que revoloteaban dentro de sus vitrinas. Al final de aquel corredor localicé el extremo de la cuerda que había soltado al entrar en el museo y que me unía a mi clase. Despidiéndome del león, eché a correr. Sin embargo, al torcer la esquina, la cuerda había vuelto a desaparecer y me encontraba ante un nuevo corredor que se abría a seis salas más. ¡Aquel museo era igual que un laberinto y nunca lograría dar con la clase! Ya notaba como las lágrimas comenzaban a impacientarse en mis ojos, dispuestas a hacer carreras por mi rostro, cuando, una mariposa de vivos colores, captó mi atención. Con su vuelo me indicaba la galería por la que debía continuar. Conteniendo las pequeñas gotas saladas en su sitio, me levanté y entré en aquella habitación donde debía hallar a mi grupo. ¡Había vuelto a la sala de los animales! Esa estúpida mariposa me había hecho regresar al mismo sitio del que venía. Me dispuse a volver hasta la gran ballena para seguir hablando con ella cuando algo llamó mi atención.

La Señorita MacCarthy estaba en esa sala, hablando con uno de los vigilantes del museo y parecía un poco preocupada. El resto de mis compañeros tomaban sus almuerzos sentados en un largo banco que había frente al lugar que ocupaba Lionel y su familia sin darse cuenta de que los leones se estaban moviendo. ¡¿Es que nadie en aquel lugar veía lo que ocurría?!

—¡Lionel! ¡Lionel! —Corrí hasta el centro de la sala donde se encontraba el

león—. ¡Mira es mi clase! ¡Les he encontrado!

La profesora y el guardia giraron sus cabezas hacia mí y, corriendo, me hicieron salir de la zona vallada en la que estaban los animales. La Señorita MAcCarthy comenzó a regañarme y a decir no se qué de mi comportamiento en el museo.

—Pero, señorita, los animales me han ayudado —señalé a Lionel que me miraba sonriendo—. ¿Ve? Este es Lionel. Salude, usted siempre dice que es de mala educación no devolver el saludo.

—May, no tiene gracia, deja de decir tonterías. Esta tarde voy a hablar con tus padres muy seriamente. Siéntate con los demás mientras paso lista para volver al colegio.

Esa tarde, tal y como había dicho la profesora, mis padres tuvieron una larga charla con ella. No me dejaron entrar en la clase mientras hablaban, pero, a través de la puerta pude escuchar algo sobre mi gran imaginación y los problemas que me causarían estar siempre en las nubes. Nadie me creyó cuando les conté que aquellos animales estaban vivos y me habían hablado, por lo que con el tiempo, dejé de contar esa historia y, aunque volví al museo varias veces y los animales no se movieron, en mi interior siempre he sabido que fue porque, en esas ocasiones, no estaba sola y los adultos no tenían esa capacidad para ver las cosas fantásticas que allí ocurrían.

## Capítulo 2

La primera vez que estuve en Escocia fue en el verano de mi séptimo cumpleaños. Mis padres habían decidido llevarme con ellos en su viaje por carretera. Visitamos castillos enormes en los cuales vivían fantasmas y bichos, y estuvimos en ciudades y pueblos rodeados de verdes praderas. Durante todo el viaje no dejé de escuchar a la gente hablar de un lago y del monstruo que vivía en él, por lo que, antes de regresar a Londres, pedí a mis padres hacer una parada allí. Era un lugar enorme, rodeado de árboles y una pequeña colina con las ruinas de un castillo desde donde se podía ver el lago.

Nada más llegar, salí del coche corriendo en dirección a la gran balsa de agua esperando encontrarme al famoso monstruo. En mi imaginación se trataba de un dragón verde gigante, con escamas del tamaño de mi cabeza y dos aletas de más de cinco metros de largo. Sin embargo, lo que vi cuando llegué a la orilla me desmoralizó. Allí no había ni dragón ni nada. Ni siquiera un pez gigante que pudiese pasar por un monstruo. Solo agua, patos y un perro chapoteando en la orilla.

—Bueno May, ¿Qué te parece? Es la concentración de agua más grande de Escocia —Papá había llegado hasta mí y miraba el lago con asombro—. ¿Te apetece subir al castillo para verlo mejor?

—No. Quiero que volvamos a casa. No me gusta esto.

Comencé a andar en dirección al coche. Papá me miraba sin comprender qué es lo que me había decepcionado tanto. Mamá me alcanzó cerca de las escaleras que subían hasta las ruinas y me retuvo de la mano.

—¿Qué te ocurre, cielo? Llevas todo el viaje queriendo venir.

—No hay monstruos. La gente hablaba de uno que vivía aquí.

La inocencia propia de mi edad hizo que mamá comenzase a reírse y me abrazara. A mí eso no me hacía nada de gracia, porque ahora no podría volver al colegio diciendo que había visto un monstruo. Fue entonces cuando recordé la excursión al museo del año pasado y el incidente que ocurrió. La profesora llamó a mis padres diciéndoles que siempre estaba despistada y que debía centrarme más en la realidad que me rodeaba. Esto me enfadó aún más.

—Ven, vamos a ver el lago desde arriba —mamá comenzó a subir las escaleras de madera que llevaban a las ruinas—. Seguro que al estar en un lugar más elevado, puedes ver a Nessi.

Sin mucha convicción recorrí los escalones tras ella. Cuando llegamos a la cima, papá nos esperaba apoyado en un mirador que daba al lago. En él había varios carteles que hablaban de las aves y plantas que habitaban el lugar, pero ni rastro del monstruo. Volví a concentrarme en la balsa de agua, entrecerrando los ojos para ver más lejos. Entonces ocurrió.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Allí, allí! ¡Hay algo en el agua! —Comencé a saltar y a señalar el lugar desde donde una criatura con un largo cuello me había saludado con su gran aleta—. Está justo allí.

Cuando volví a mirar ya no quedaba nada más que unas ondas en el agua. Eran demasiado pequeñas para haber sido producidas por la gran criatura que había visto. Pero mis ojos no me iban a engañar, esta vez no era como en el museo. La criatura se había mostrado delante de más gente. Alguien debía haberlo visto también.

—¿Ves? Te dije que desde aquí se vería todo mejor —mamá me guiñó un ojo—. Volvamos al coche. Cuando lleguemos al hotel, iremos a una librería.

Esta vez me tenían que creer. No era algo de mi imaginación, como decía siempre la Señorita MacCarthy. Me deshice del agarre de mamá y corrí escaleras abajo hasta un grupo de visitantes que rodeaban a una mujer que sujetaba un paraguas cerrado en lo alto. Todos atendían a la mujer y observaban el paisaje que ella iba indicándoles.

—¿iHan visto eso!? ¡El monstruo ha salido a la superficie y era enorme! —Algunos me miraban extrañados; otros me dirigían sonrisas que no me gustaban; y unas señoras muy mayores me pellizcaron el moflete y dijeron algo sobre la inocencia de los niños. ¡No me estaban creyendo!—. ¿Es que están ciegos? Estaba ahí mismo, era una especie de dragón verde con unas aletas asíí de grandes.

Estaba intentando abarcar con mis pequeños brazos el tamaño de las aletas de Nessi cuando, con cara de vergüenza, mamá me cogió de la mano y comenzó a arrastrarme fuera del grupo de excursionistas.

—Perdón. Lo sentimos mucho —Papá se dirigía, torpemente, a la mujer del paraguas y a algunos de los visitantes que murmuraban enfadados—. Niños, ya saben. Lo sentimos, de verdad. Nos despistamos un momento y puf, salen corriendo.

Cuando nos encontrábamos a cierta distancia del grupo, mis padres me obligaron a sentarme en un banco que había a la entrada del lago y me obligaron a prometerles que no me movería de allí hasta que ellos hubiesen terminado de leer todos los carteles informativos.

—Me aburro. ¿Por qué me castigáis por decir la verdad? ¡He visto un monstruo! La gente del pueblo hablaba de ello y nadie les castigaba a ellos.

Justo en ese momento pasaba por mi lado una familia con dos niños pequeños. Uno de los niños debió escucharme hablar de mi encuentro con Nessi, porque comenzó a llorar y a pedirle a sus padres irse de allí. Mamá me lanzó una mirada de pocos amigos y después sonrió a la familia.

—No le hagan caso, tiene una imaginación desbordante —Intentando convencer a su propio hijo de que allí no había tal monstruo, la familia se marchó dirección a las ruinas—. May haz el favor de dejar de decir esas cosas en voz alta. Esto ha llegado demasiado lejos. Y olvídate de ese libro que te había prometido, iremos directamente al hotel.

—No es culpa mía que el monstruo haya querido salir cuando no estaba mirando nadie.

Me levanté y, tras darle una patada a una piedra que había en el camino, fui hacia el coche. Ni mis padres, ni la Señorita MacCarthy iban a impedirme que, cuando volviese al colegio, les contase a todos mis compañeros que había tenido la suerte de conocer al verdadero monstruo del Lago Ness.

## Capítulo 3

La primera vez que visité Oxford fue durante mi décimo verano, cuando fui, junto a mis padres, a la universidad donde había estudiado mamá para acompañarle a recoger un premio que le daba el centro como reconocimiento a su carrera. Ella era una gran científica que había ayudado a descubrir una importante cura, pero esa es otra historia.

Por aquel entonces vivíamos en una casa a las afueras de Londres, a dos horas de Oxford. Yo nunca había estado allí y la entrega del premio se celebraba por la noche, por lo que papá y mamá decidieron que me llevarían en su viaje y haríamos noche en la ciudad de las agujas para poder visitarla. El primer lugar que recuerdo haber visitado fue Christ Church Cathedral, un gran castillo en el que aún se daba clase. Al entrar tuve la sensación de haberme transportado a un lugar mágico, como si formase parte del mundo de Harry Potter y, en cualquier momento, fuese a aparecer la Profesora McGonagall. El comedor era igual al que salía en las películas, algo que supuso la prueba definitiva para convencerme de que en realidad estaba en Hogwarts y no en un edificio de la universidad de Oxford. A mis 10 años, mi cabeza pasaba más tiempo en las nubes que en la tierra, algo que me había metido en problemas más de una vez, y que no iba a ser diferente en aquella ocasión.

—May no te quedes atrás, que hay mucha gente.

—No, mami, si voy detrás de ti —puse mi mejor voz de no haber roto un plato en la vida y sonreí a mamá.

Papá estaba haciendo fotos a todo y, cuando ella volvió a darse la vuelta dispuesta a continuar con la visita, yo encontré mi oportunidad para convertirme en la nueva alumna de Hogwarts. Me agaché y, simulando atarme los cordones, me deslicé bajo una de las largas mesas que ocupaban el salón. No recuerdo cuánto tiempo pasé allí escondida, agudizando el oído por si escuchaba a un elfo limpiando la sala o a algún profesor hablando de criaturas fantásticas y hechizos de magia. Sin embargo, todo lo que escuché, cuando por fin se abrieron las puertas y comenzaron a entrar alumnos, fueron las quejas de estos en cuanto a lo difícil que había sido un estúpido examen de economía. «¿iDónde están las charlas sobre Quidditch y los duelos de magia!?» Frustrada, esperé a quedarme sola de nuevo para salir de mi escondite.

Una vez fuera del edificio fui consciente, por primera vez desde que puse en marcha esa misión de esconderme en aquel comedor, de que me encontraba sola en una ciudad que no conocía. Lo peor era que la noche comenzaba a caer y las calles iban vaciándose, como cuando van a cerrar un parque de atracciones y la gente entra en sus coches para regresar a sus aburridas vidas. Si hubiese prestado más atención cuando llegamos a

Oxford, me hubiera dado cuenta de que el hotel en el que nos hospedábamos no estaba muy lejos de donde yo me encontraba. Sin embargo, había estado muy ocupada mirando las formas de las nubes y hablando de todos los dulces que iba a comprar en aquella tienda tan colorida que habíamos pasado. Sola y desorientada comencé a andar calle arriba, hacia la torre que había visto antes y que tenía un reloj tan pequeño en el centro.

—¿Cómo ha dicho mamá que se llamaba? ¿Carafax? —Paré un segundo pensando en el nombre de aquella torre, pero una extraña idea pasó por mi cabeza—. ¿Por qué se llamará así? Lo mismo el señor que la construyó tenía una cara rara...

Al llegar a la torre me encontré con una chica joven que miraba, melancólicamente, el diminuto reloj. Llevaba un largo vestido de corte medieval, algo que hubiese chocado a quien se encontrase con ella, pero no a mí, que, con mi mente fantasiosa y la inocencia propia de mi edad, creí que se trataba de uno de aquellos disfraces que se utilizaban en algunas visitas turísticas en las que representaban la historia de la ciudad.

—¿Qué se supone que estamos mirando? —Después de unos minutos en silencio, durante los cuales ella no había notado mi presencia, me cansé de esperar y volví a hablar —. ¿No crees que ese reloj es demasiado pequeño para esta torre?

—Disculpa mi ignorancia, pero ¿Te diriges a mí?

—¡Claro! Solo estamos tú y yo. Me llamo May, por cierto.

—Encantada May, mi nombre es Elizabeth.

Elizabeth me contó que estaba esperando a su prometido, quien había tenido que marcharse a la guerra con la promesa de volver a por ella. También me ofreció su ayuda para buscar el lugar en el que estaban mis padres, aunque recuerdo haber tardado un poco en explicarle qué era un hotel, creo que ella lo denominaba posada. En una calle cercana a la torre, que Elizabeth me dijo que se llamaba Carfax Tower y no "carafax" como yo había creído, unos músicos de aspecto lúgubre tocaban una triste melodía. El violín sonaba desafinado, igual que una sierra con los dientes mellados, uno de esos ruidos que te atraviesan el cuerpo y se quedan en tu cabeza junto a una sensación de pesar.

—Ellos eran los músicos del teatro, pero, tras ser despedidos, comenzaron a tocar en la calle, a las puertas del que había sido su lugar de trabajo.

Miré a ambos lados, buscando el teatro del que hablaba Elizabeth, pero allí solo había tiendas y restaurantes, por lo que debía de tratarse de un

lugar cercano. Continuamos andando hasta dar con un estrecho callejón en donde se encontraba una vieja puerta caoba decorada con la cabeza de un león en su centro.

—He escuchado que, desde aquí, se llega a un mundo mágico. La gente lo llama Narnia.

—¿Narnia? Elizabeth, ese lugar es inventado. Sale en unos de mis libros. Además, se entra a través de un armario, no desde una puerta en la calle. Si no, todo el mundo podría aparecer y dejaría de ser mágico.

Elizabeth escuchaba atentamente mis correcciones como si no pudiera creer que una niña de 10 años supiese más que ella de su propia ciudad. Sin embargo, no hizo ningún tipo de comentario. Nuestros pasos nos llevaron hasta una calle muy ancha. Todos los edificios de aquella ciudad parecían haber salido de los cuentos que me leía mamá cuando era más pequeña, y la luz de la luna no hacía sino resaltar aquella sensación. Al final de la calle cruzamos por un puente que vadeaba el canal de Oxford, que se encontraba lleno de largas embarcaciones de madera, similares a las que utilizaban en las regatas a las que solía asistir con papá todos los años. Unos metros más adelante, nos encontramos a un hombre mayor al que parecía conocer Elizabeth. Vestía un traje con chaleco marrón y fumaba en pipa. Bajo su brazo llevaba una pila de papeles. Al pasar a nuestro lado nos sonrió y aminoró sus zancadas, que eran bastante rápidas, pero sin llegar a detenerse.

—¡Elizabeth, querida! Ahora no tengo mucho tiempo, voy tarde a mi reunión, no obstante, mañana deberías pasarte por mi casa, he comenzado un libro sobre hobbits y creo que te gustará. Oh, y puedes traer a tu pequeña amiga.

—Allí estaré, salude a su mujer de mi parte.

Unos segundos después de aquella corta conversación, Elizabeth se detuvo. Estábamos frente a una estrecha verja rodeada de flores y plantas. Subido al muro se encontraba un gato gordo que observaba la ciudad con un deje de indiferencia.

—May, he de regresar a la torre. Mi prometido debe de estar al llegar, y si no me ve, volverá a marcharse. Siento no haber podido ayudarte a encontrar a tus padres. ¡Hasta pronto!

—Pero... ¡Elizabeth no puedes dejarme aquí sola! —A pesar de mis suplicas, ella no regresó—. ¡Elizabeth, vuelve! ¿Qué voy a hacer ahora?

—Quizá yo pueda ayudarte — alguien me habló desde algún escondite cercano, sin embargo, yo no era capaz de localizar a la persona—. Aquí

arriba.

—¿Tú? Pero, eres un gato ¿Cómo es posible que puedas hablar?

—¿Quieres que te ayude o no? Tengo cosas mejores que hacer...

Asentí, no muy convencida de la ayuda que podría ofrecerme un gato, pero pensé que no todos los días te encuentras con uno que hablase y eso debía de significar algo. El animal se volvió y me indicó un pequeño agujero en la verja. Después de forcejear unos minutos, logré colarme al otro lado, donde ya me esperaba el gato. Le seguí por lo que parecía un gran jardín, lleno de plantas y flores muy raras. La seguridad de sus pasos me hizo pensar que él ya había hecho este camino en numerosas ocasiones, por lo que dejé de preocuparme y me centré en observar todas aquellas flores tan coloridas. Cuando llegamos a un gran árbol torcido, el gato saltó a una de sus ramas y volvió a mirarme.

—Aún falta un poco para el amanecer, pero, si aguardas aquí, alguien vendrá a buscarte por la mañana.

Antes de que pudiese darle las gracias, el gato se quedó quieto, como si estuviese petrificado. Después de eso recuerdo haber despertado, horas más tarde, en el banco junto al árbol. La luz del sol me cegaba, pero pude notar que, en frente de mí, un hombre me preguntaba algo. Creo que fue él quien llamó a la policía para que trajesen a mis padres a aquel lugar.

Años más tarde me tocó ir a la universidad y, al igual que mamá, elegí la de Oxford. En realidad, creo que lo hice porque quería volver a ver a aquellos amigos que me ayudaron la noche que estuve perdida. Sin embargo, en mis años allí no tuve noticias de Elizabeth ni del gato. Tampoco hallé rastro alguno de los músicos tristes de Cornmarket Street. En su lugar siempre había gente tocando canciones alegres o haciendo algún tipo de espectáculo callejero. Incluso en los días de lluvia, aquella pequeña calle llenaba de música el resto de la ciudad. En mis años de estudiante me contaron la leyenda de una joven que se suicidó tras la marcha de su prometido, un soldado de la guerra civil que le había engañado. Cuando fui al museo en busca de un retrato de ella, me encontré mirando un lienzo en el que aparecía Elizabeth, la chica que me había ayudado tiempo atrás.

## Capítulo 4

Las vacaciones de verano no comenzaron como yo esperaba. Mis padres me obligaron a pasar una semana en casa de la tía Lisa mientras ellos iban a unas conferencias que realizaba la empresa de papá en Estados Unidos. Una semana entera a solas con la tía y su horrible pájaro.

Tía Lisa, que había cuidado de papá cuando era pequeño y los abuelos trabajaban, no había tenido nunca hijos. Su marido había muerto muchos años atrás y ella sola se había ocupado de la granja en la que vivían. Odiaba esa casa. El marido de la tía Lisa había coleccionado animales disecados y ella continuaba manteniendo esa decoración tan desagradable. Su única compañía era un loro maleducado y charlatán llamado Rot. Papá intentaba visitarla cada pocos fines de semana y siempre intentaba que ella viniese a casa a pasar las fiestas con nosotros.

—¡Pero yo no quiero ir allí! —Mis protestas durante el viaje no estaban sirviendo de mucho—. ¡Podría haberme quedado en casa de alguna de mis amigas! ¿Por qué no me lleváis con vosotros? ¡Odio esa casa y sus animales muertos!

Mamá me miró con el semblante serio, haciéndome callar al momento, antes de volver a perder la vista en los árboles que nos rodeaban. Papá no había dicho nada desde que salimos de casa, después de nuestra pelea por mis opiniones sobre Tía Lisa y su asqueroso loro. Aceptando mi derrota, apoyé la cabeza contra el cristal de la ventanilla, observando el paisaje que íbamos atravesando. Iba a ser una semana muy larga y ni siquiera mi mochila llena de libros iba a ser de ayuda.

—Es la siguiente curva, a la derecha —anunció papá alegremente. A diferencia de mí, él tenía mucho cariño a su tía y a la casa en la que tantas veces había jugado de pequeño—. May, seguro que lo pasas genial con la tía. ¡Podrás ir a montar en bici por los caminos que llevan hasta el río!

¡Yo no quería montar en bici hasta el río! ¡Quería quedarme en casa, leyendo, montar en bici con mis amigos por Hyde Park e ir al cine por las tardes! Sin embargo, no dije nada de esto porque, cuando estaba dispuesta a responder, mamá me miró a través del espejo retrovisor y en sus ojos pude ver que me convenía guardar silencio. Así que opté por no complicarme las cosas más todavía.

—¡Menos mal que cogí la bici! —Mi voz sonaba falsa, pero papá no se dio cuenta porque, justo en ese momento, nuestro coche entraba en el sendero de arena que llevaba hasta la granja.

—¡Ya hemos llegado!

Papá bajó del coche y se encaminó hasta la entrada, donde una mujer vieja, bajita y regordeta —y que parecía una bruja— nos esperaba. Mamá y yo llegamos unos segundos después. La Tía Lisa, tal y como hacía siempre, me miró de arriba a abajo y me dio un beso seco en la mejilla. Sus besos pinchaban pero, desde que años atrás había hecho ese pequeño comentario con la inocencia propia de una niña de 4 años y no le había sentado bien a ninguno de los adultos, no dije nada y le devolví el beso.

—Muchas gracias por quedarte con May, Lisa —mamá abrazó a la mujer—. Esperamos que no te cause muchos problemas. Ha traído la bici y varios libros, así que seguramente ni te enteres de que está por aquí.

—¡Oh, querida! No os preocupéis —la tía Lisa sonaba tan falsa como lo había sonado yo minutos antes en el coche, pero, esta vez, papá y mamá tampoco parecieron notarlo—. Seguro que nos lo pasamos muy bien. Una de las vacas está a punto de tener un ternero, así que esta jovencita va a ser de mucha ayuda por aquí.

¡Genial, ahora también tendría que trabajar! Sonreí y asentí, evitando otra mirada asesina por parte de mamá, y me dirigí al coche para sacar mi maleta y la bicicleta mientras los adultos continuaban su aburrida charla.

—May, pórtate bien con la tía y haz caso a todo lo que ella te diga —mamá se había aproximado a mí mientras papá terminaba de despedirse de la tía—. No quiero quejas, ni malas contestaciones, ni que te encierres en la habitación todo el día. Deberías darle una oportunidad. Tiene una colección de libros enorme y estoy segura de que le encantará enseñártela.

—¡Pero mamá! Si ella tampoco me aguanta. ¿No has escuchado cómo sonaba su voz? Tiene tan pocas ganas de que esté aquí, como yo de estarlo.

—May, no empieces. Te veo en una semana —mamá me abrazó y me besó antes de abrir su puerta del coche—. Ahora ve a despedirte de tu padre. ¡Hasta luego, Lisa!

Mamá se metió en el coche y yo me dirigí hasta mi padre, que me esperaba junto a la tía en la entrada de la casa. Dejé la bici apoyada en la pared y la maleta junto a ella. Fui hasta mi padre, le abracé y le dí un beso. Después él abrazó a la tía y, agitando la mano volvió a despedirse de nosotras antes de entrar en el coche.

—Coge tus cosas y entremos, que parecemos dos espantapájaros aquí plantadas —la tía Lisa entró en la casa, dejando la puerta abierta para que

entrarse yo—. Dormirás en la habitación del fondo. Escoge la cama que prefieras y no desordenes nada. Voy a ir preparando la comida.

Aquella casa olía a humedad y a naftalina. Mirando a todos lados, esperando no ser atacada por Rot, subí las escaleras hasta el piso superior. La habitación del fondo era un cuarto pequeño con dos camas y un armario, sobre el cual descansaba un búho disecado. Un escalofrío recorrió mi espalda al ver aquel animal observándome con sus ojos de cristal. Dejé la maleta en una de las camas y salí del cuarto.

—¿Quieres más lechuga, Rotty? —La tía Lisa hablaba con un loro de colores que estaba posado sobre una de las sillas de la cocina. Su tono de voz cambió cuando me oyó entrar—. Comeremos en cinco minutos, ve poniendo la mesa.

—¡Cinco minutos, cinco minutos!

El loro repitió aquellas palabras antes de agitar sus alas y volar hasta su jaula al otro lado de la habitación, no sin antes pasar por mi lado y rozarme con sus plumas. ¡Odiaba a ese loro! La mujer hizo como si no hubiese visto nada y continuó preparando la comida.

La tarde transcurrió sin problemas. Después de haber deshecho la maleta, había dedicado el tiempo a leer en el jardín mientras la tía tejía en la mecedora del salón. Solo tendría que aguantar 6 días más como aquel y volvería a mi casa, a mi habitación sin animales disecados. Ojalá fuese como las heroínas de mis libros y pudiese huir a caballo de aquella casa; o tener poderes mágicos y convertir a la tía Lisa en un espantapájaros, y a ese estúpido loro en un plumero de colores; o ser ya mayor de edad y poder quedarme en casa sola.

—¡Maleducada, maleducada!

Aquella voz chillona me sacó de mis pensamientos. Rot se había posado en la valla y me miraba fijamente. Cerré el libro y lo dejé en el suelo, dispuesta a echar a aquel pajarraco de allí. Agitando los brazos fui hasta donde se encontraba el animal que, al verme aproximarme, echó a volar en dirección contraria. Dio una vuelta por el jardín y, antes de entrar a la seguridad de su hogar, descendió hasta mi libro y, sujetándolo con sus largas garras, emprendió el vuelo de nuevo. Con el peso del libro, este se partió en dos y las páginas comenzaron a volar a mi alrededor.

—¡Maldito pajarraco! —Por mucho que intentase hacerme con todas las páginas del libro, algunas ya habían volado lejos de mi alcance—. ¡Cuándo te pille te voy a disecar y te pondré en una de las habitaciones!

Un gruñido procedente de la casa me mandó guardar silencio y entrarse a cenar. Aquel loro había ido demasiado lejos. Terminé de recoger las hojas

que pude y, sin pasar por el salón donde se había refugiado el animal, subí hasta la habitación en la que me hospedaba para guardar los restos de mi preciado libro.

—Tía, podría decirle a Rot que no toque mis libros —la mujer levantó la vista de su plato para mirarme seriamente—. Antes ha destrozado el que estaba leyendo.

—Tonterías. Mi dulce Rotty no hace eso, ¿verdad, pequeñín? —El loro se había acomodado en el respaldo de la silla de su dueña y canturreaba para complacer a la mujer—. Deberías aprender a no dejar tiradas tus cosas.

Eran cerca de las doce de la noche, cuando aquel maldito pájaro de madera salió del reloj de cuco para dar la hora, despertándome. Cuando dejó de sonar, unas voces que provenían del piso de abajo llamaron mi atención. Salí de la cama e, intentando no hacer ruido, caminé hasta las escaleras para descubrir la fuente de aquella conversación. En la oscuridad de la noche, la casa parecía más siniestra todavía. Las sombras de los animales disecados acechaban desde las paredes, como si, de un momento a otro, fuesen a cobrar vida y a atacarme.

Uno de los escalones chirrió al pisarlo, haciendo que me quedase paralizada, esperando no haber sido descubierta por aquellas voces. Pero la conversación continuó sin alteración, por lo que me dispuse a continuar mi aventura hasta el salón. Cuando estaba a unos metros de la puerta entreabierta, pude escuchar parte de lo que decían aquellas voces.

—... pero Lisa, ¿Crees que hacerlo con May por aquí es lo correcto? —Era la voz de una mujer—. Tan sólo tiene 12 años, y si se despierta... ¿Y si se lo dice a tu sobrino?

—Debe ser ahora. Ya lo sabes, Laurence —la voz de Tía Lisa sonaba autoritaria. ¿De qué estaban hablando?—. No podemos dejar pasar esta luna llena. Hoy la noche está muy clara.

—Yo propongo que lo hagamos ahora mismo. La niña estará durmiendo y no se enterará de nada —ahora hablaba otra mujer diferente—. Y así mañana tendremos tiempo para nuestro ritual previo.

¡Lo sabía! ¡Sabía que la tía Lisa era una bruja! Y por lo que acababa de escuchar, sabía que iba a hacer algo a la noche siguiente. Mamá no iba a creerme cuando se lo dijera, debía escucharlo ella misma. Saqué el móvil del bolsillo del pijama e, intentando no ser descubierta, me arrastré hasta la puerta y marqué su número.

—¿May? May, ¿qué haces llamando a estas horas? —La voz de mamá

llegaba amortiguada a través del teléfono—. Allí debe ser de madrugada.

—Mamá, tienes que oír esto.

—¿May? No te escucho, ¿Por qué susurras? ¿Te ocurre algo?

—Mamá, no puedo hablar más alto. Tienes que escuchar esto. La tía Lisa es una bruja y yo lo he descubierto. Esta vez vas a tener que creerme. Escucha, escucha.

—¿Se puede saber qué estás diciendo? May, como esto sea otra de tus bromas...

Estaba tan concentrada en lograr que mi madre me creyese que no me dí cuenta de que las voces habían dejado de hablar y que la puerta ante la que me encontraba, agachada, se había abierto. La tía Lisa me miraba con los brazos en jarras y un semblante enfadado. Levanté la vista hasta los ojos de la mujer que, de haber sido bruja de verdad, me habría convertido en polvo. Detrás de ella, tres mujeres de su edad me miraban. Estaban sentadas a la mesa y tenían varias cartas en las manos.

—¿Nadie te ha enseñado que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas? —Me puse de pie, intentando recomponerme de aquella pillada—. ¿Y qué tonterías estás diciendo de brujas? Niña, vuelve a la Tierra y deja de pensar en semejante sarta de bobadas. Ahora entra ahí, quédate calladita y déjanos terminar nuestra partida de bridge. Necesitamos concentrarnos para poder ganar algo en la timba de mañana. Después nos acompañarás a la granja de aquí al lado a coger algunas de las flores que tienen en la entrada.

Mi imaginación me la había jugado de nuevo, y ahora iba a conseguir un castigo por parte de mamá. ¿De verdad aquella conversación que había escuchado solo era el plan de esas mujeres de robar unas flores a los vecinos y ganar una partida de cartas? Esta vez estaba en un buen lío.

## Capítulo 5

La clase de francés era la hora más larga e insufrible que había en el día, algo así como ir al dentista a que te aprieten los aparatos o una visita a la Tía Lisa. Ni siquiera me gustaba ese idioma, no lo entendía y, tal y como me recordaba en todas las clases la profesora, era un desastre en la pronunciación. Ojalá nos enseñasen idiomas chulos, como el Élfico o, incluso el Morse —al menos podría sernos de ayuda alguna vez si nos encontramos naufragando en un barco—. Ese día estaba dibujando distraidamente en los márgenes de mi libro, intentando no mirar al reloj que presidía la clase, cuando ocurrió algo que hizo que mi cabeza volviese a la Tierra.

—Buenos días, Señorita McGuile. Disculpe por interrumpir su clase —la directora entró en el aula acompañada de una chica muy alta y delgada, como una mantis—. Hola a todos. Me gustaría presentarles a su nueva compañera de clase. Ella es Annachiara Baglianni, viene de Italia y acaba de mudarse con sus padres y hermanos. Confío en que seréis amables y hareis que se sienta como en casa desde el primer día. Bienvenida, Annachiara. Hasta luego, Señorita McGuile.

La directora se marchó cerrando la puerta tras ella. La chica nueva nos miraba a todos con cara de preocupación y estaba claro que no se encontraba cómoda. La compadecí. Yo tampoco lo pasaría bien siendo la nueva en una clase con tanta gente y sintiendome observada por todos ellos, como si fuese un muslo de pollo delante de una hauria de perros hambrientos.

—Annachiara, soy la Señorita McGuile, tu profesora de francés. Espero que te encuentres cómoda en nuestra clase y que te pongas al día rápido. Si tienes alguna duda, no te preocupes, levanta la mano y pregunta lo que necesites. Siéntate allí, al lado de May. Ella te ayudará a guiarte por el centro estos primeros días.

Yo había vuelto a mis dibujos nada más irse la directora. No quería ser cómplice de hacer sentir mal a esa pobre chica siendo un par de ojos más pegados a ella. Sin embargo, escuchar mi nombre hizo que alzase la mirada, alerta. Fue entonces cuando ocurrió.

La chica nueva, que hasta entonces no se había movido del sitio ni un solo milímetro, dio un paso hacia la profesora y, de repente, de sus costados brotaron dos nuevos brazos en forma de pinzas. Sus largos cabellos rubios se convirtieron en serpientes que se movían hipnoticamente. Su altura, que ya era considerable, aumentó hasta llegar a los dos metros. Chasqueando sus puntiagudos dientes, devoró a la Señorita McGuile y se encaró al resto de la clase buscando su próxima víctima. Todos mis compañeros comenzaron a gritar, los de la primera fila veían como aquella

especie de monstruo, mitad chica mitad mantis gigante, se acercaba a ellos moviendo sus pinzas y sonriéndoles.

—¿QUÉ ES ESO? ¡NO ES HUMANO! —Violet, la chica más insufrible de la clase, intentó levantarse de su pupitre y alejarse de Annachiara, la mantis-humana, pero se había quedado pegada a la silla—. ¡SOCORRO! ¡NO QUIERO SER DEVORADA POR ESO! ¡PODRÍA SUPONER UNA MANCHA EN MI EXPEDIENTE ACADÉMICO!

Violet, a quien empezaron a acercar las serpientes de la cabeza de aquella bestia mutante, fue la siguiente víctima. Todo era un completo y absoluto caos. Las luces de la clase parpadeaban y las ventanas se habían cerrado de golpe, como si un fuerte viento las hubiese empujado. El día, que hasta entonces había estado despejado, se volvió gris y nuboso. Fuera, los árboles se agitaban violentamente. Dentro, los adolescentes se agolpaban en la parte trasera del aula, intentando alejarse de las pinzas y colmillos de Annachiara.

—¡May! ¿Has escuchado algo de lo que acabo de decir? —La Señorita McGuile me miraba con el ceño fruncido. Su boca, cuando no hablaba, era una fina línea, casi invisible. Las luces ya no parpadeaban y mis compañeros habían regresado a sus pupitres—. ¿Qué demonios voy a hacer contigo? ¡Nunca prestas atención cuando se te habla! Y entre eso y que tu pronunciación sigue siendo tan desastrosa como cuando empezaste a estudiar Francés hace tres años, no te sorprendas si suspendes este trimestre. Cuando acabe la clase, hablaremos muy seriamente.

Todos en la clase me observaban con sonrisas bobaliconas en sus caras. Violet incluso asentía, disfrutando de aquello, con cada palabra pronunciada por la profesora. El reloj se había vuelto a parar a las tres menos diez. Ya no había monstruo ni viento, y la Señorita McGuile y Violet seguían allí, mirándome como si yo fuese la bestia mitad humana y ellas me hubiesen dado caza al fin. Definitivamente estaba en el infierno y, este tenía el aspecto de una clase de francés de instituto en un día soleado.

—Hola, soy Annachiara, pero prefiero que me llamen Anna. No me gusta mi nombre completo, me hace recordar a mi abuela cuando me regaña —Anna me miraba con rostro amable cuando se sentó a mi lado—. Por cierto, me encanta tu dibujo de ese monstruo-humano devorando a la gente, se parece bastante a mi abuela.

—Gracias. Ya te habrás enterado, pero soy May —volví a centrarme en mis garabatos—. Bienvenida al infierno. Pronto te darás cuenta de que ese reloj de ahí se para cuando empieza esta clase y que perderte en tu imaginación es lo único que puede salvarte. Si necesitas algún color para dibujar a tu abuela, cógelos. Va a ser un curso muuuy largo.